

Se encaminan hacia los patriarcas de nuestra poesía y hacia Zorrilla.

Hacia el medio del jardín, en un bosque, José E. Rodó, como Diógenes, está solo buscando la forma ática y el aticismo en la vida; viste clámide valeriana. Sobre un césped suave, Daniel Martínez Vigil, maestro de retórica y poética, agitado por una idea de Guyau, invita a los jóvenes que abren sus almas al arte literario y dialéctico, a su tienda solitaria, para instruirlos.

Más allá, la gran poetisa del Uruguay y de América, como Penélope, teje la tela de la poesía de su vida, esperando a su soñado Ulises.

Acullá un grupo de soñadores melancólicos, oye la activa música de Stéphane Mallarmé y de Verlaine, mirando a veces las acuarelas de lánguidos y delicados colores que pinta en el flanco de su ánfora helena, Albert Samain. Julio Herrera y Reissig, envuelto en la clámide magistral, escucha sabiamente y luego canta extraña y hermosamente ante dos discípulos extasiados. Son ellos: Julio Lerena Joanicó, y Juan José Illa Moreno. Lerena parece querer tender su vuelo al inmenso mar de lo azul, donde navegan en barcas de oro los genios de la Humanidad. Illa Moreno busca en la tristeza serena y perenne, y en el crepúsculo sugestivo de Otoño, su inspiración adolescente. Ambos adoran al príncipe Julio y saludan en él, a uno de los representantes americanos más acabados del modernismo poético.

Todos estos poetas y poetisas describen de su alma la belleza, de su corazón, la pesarosa e incurable tristeza, su alegría o su inquietud ante la vida, la muerte, el infinito o la eternidad. A través de los diversos aspectos del arte se rinde culto a lo bello, que, como el Dios de todas las religiones, es uno, ideal y eterno.

## 6

**Por qué nos gusta la poesía de María Eugenia Vaz-Ferreira.—Su acercamiento a nuestro ideal en poesía.—La literatura inglesa: su poesía, la más grande, según Taine y Paul Bourget.—Las grandes poetisas inglesas: E. Barret Browning y Felicia Hemans.—Nuestra preferencia por la poesía inglesa y alemana.—La balada, forma poética tan bella, tiene pocos representantes en nuestra literatura y en la española.—Necesidad de poetas baladistas.—Reflexiones al respecto. El talento e inspiración de María Eugenia Vaz-Ferreira se inclina a esa forma tan germánica del verso.—Debiera seguir esa propensión.—Baladas de Walter Scott, Goethe, Fischer, Erlkonig, Schiller, etc.—Conclusiones.—Objeto de la poesía, según los críticos más modernos: Leopoldo Lugones, Henri Chantavoine y otros.**

La poesía de María Eugenia me gusta por acercarse a mi ideal de la poesía. La literatura poética inglesa me parece la primera del mundo. Esta opinión, que es casi más un sentimiento de una idea en mí, provendrá sin duda de la primera educación de la memoria, aprendiendo trozos de los divinos bardos ingleses y de haber sentido en toda su sublimidad, la belleza poética en Shakespeare, Byron, Shelley, Hemans, Walter Scott, Cooper, Grey y Longfellow; de cualquier modo vuelvo a afirmar lo dicho. Después, lecturas prolongadas me han hecho observar que esta predilección no carecía de base profunda. Considero al ser espiritual el centro de toda poesía, y de ahí a amar sobre todo a aquellos poetas que cantan escenas de su vida interior, no hay más que un paso. Al lado de esta poesía que va de alma a alma, también me encanta aquella que describe un episodio histórico, una escena de la vida moral o artística, que

lleva en sí algo del elemento dramático; breve, la balada.

La literatura inglesa satisface magníficamente estos gustos.

Dice el divino Taine, que, cual Platón, merece ese calificativo:

«Cuanto son mediocres (los ingleses) en las demás artes, tanto más son grandes en éste (la poesía). A mi modo de ver, ninguna vale la suya, ninguna habla tan fuerte y puramente al alma, ninguna la conmueve más íntimamente, ninguna traduce mejor los ímpetus del ser interior y cuya influencia e impresión sea tan eficaz y tan dolorosa, que toque en nosotros las cuerdas personales y profundas, para producir acordes tan magníficos y tan penetrantes».<sup>(1)</sup>

¡Cuánta razón tiene el maestro! En toda persona que conozca el inglés y a quien emocionen sus poetas, halla eco este juicio. ¡Con qué angustia y emoción se sigue a Shakespeare en *Hamlet* y *Romeo y Julieta*! ¡Con qué alegría estética y suprasensible, en el *Sueño de una noche de verbena* y en *La Tempestad*! ¡Con qué placer inefable se lee el gran Byron, ora tan lleno de infinita ternura, ora henchido de negra amargura, ora elevándose a la más alta espiritualidad, ora embriagado por los sentidos!

¿Y qué decir de Shelley, el ático amante de la natura y de su eurytmia? ¡Qué voz de ruiseñor la suya! ¡Qué ímpetu de águila tienen sus alas! ¡Qué visión de cóndor!

Escuchad la estrofa final del himno a la alondra:

«Enséñame la mitad de la alegría  
que debe conocer tu cerebro,  
y entonces surgirá de mis labios  
tal locura armoniosa  
que entonces el mundo te escucharía como yo  
te estoy escuchando ahora».

Y esta estancia de la canción a Apolo:

«Soy el ojo con que el Universo  
se contempla y se reconoce como divino;  
toda armonía de instrumento o verso,  
toda profecía, toda medicina son mías,  
toda luz del Arte o de la Natura;—a mi canción  
pertenece de derecho la victoria y la alabanza».

Podría continuar citando y citando estrofas a cual más bellas, aquellas que encendieron los iniciales fuegos de la imaginación juvenil; pero ¡cuánto de lo que admiramos se calla! En el santuario íntimo donde reposa el alma, ¡cuántas lámparas tiene alumbradas cada cual, de que nadie sabe la existencia! Así como el creyente sincero se retira a la soledad y al silencio para orar, hay que admirar en secreto.

Paul Bourget piensa como su maestro, y bajo la impresión de su idealismo intelectual declara «divinos» a los poetas ingleses.

De todas las poetisas inglesas, Isabel Barret Browning es la reina. Muy joven, una larga dolencia le permitió prepararse a la iniciación poética por mucha y variada lectura y amplia reflexión solitaria. De sus poemas, el más largo y célebre es *Aurora Leigh*, de corte épico; describe la juventud de una poetisa, y en su propio decir constituye «la autobiografía de un corazón y de una inteligencia». «Esta obra extraña es una obra maestra...» es la confesión de un alma generosa, heroica, apasionada... cuya educación ha sido completa... que vive entre las ideas más elevadas y supera la elevación

(1) H. TAINE: *Notes sur l'Angleterre*. pág. 361.